

"LA PAZ" DE ARISTOFANES

El florecimiento literario de Aristófanes coincidió con la Guerra, del Peloponeso (431-404 a. C.), en cuyo azaroso período se representaron diez de las once comedias que de él se conservan. El haber experimentado durante tantos años las funestas consecuencias de la guerra, unido a su carácter amante del goce y de la tranquilidad ciudadana, nos explica su numerosa producción pacifista y su aborrecimiento cordial a cuanto a la paz se oponía. Debió antojársele insoportable paradoja celebrar las fiestas de la vendimia en su forma normal regocijada, cuando, a consecuencia de la guerra, todo era calamidad y miseria. Por todo lo cual y llevado de su ardiente patriotismo, no dudó anteponer el bien del pueblo y el triunfo de sus ideas políticas, en bien del mismo pueblo, a los peligros de su persona. Más de una vez vió peligrar su vida por este motivo; pero ni aun entonces cejó, sino que con nuevo brío siguió fiel a su lema de que aquella guerra, proseguida con miras egoístas en los de arriba, no llevaba consigo, para el pueblo, más que calamidades. Y en ese tema insistía una y otra vez, en mil formas diversas; pero sus amonestaciones sólo encontraban en el pueblo un eco demasiado momentáneo.

COMEDIAS DE ARGUMENTO PACIFISTA. Tres de sus comedias, *Los Acarnienses*, *La Paz* y *Lisístrata*, tienen como argumento principal único, persuadir la paz a sus conciudadanos. En *Los Caballeros* se persigue el mismo fin, pero indirectamente: atacando a Cleón, partidario decidido y en gran parte responsable de la continuación de la guerra.

Expondremos brevemente la ambientación histórica y el desarrollo argumental de estas cuatro comedias, dedicando capítulo espe-

cial a *La Paz*, pues en esa comedia se basa, principalmente, nuestro trabajo ¹.

LOS ACARNIENSES Ἀχαρνῆς (425 a. C.) Esta comedia se representó en el séptimo año de la Guerra del Peloponeso, cuando las cosas habían llegado en Atenas, a causa de la aglomeración de campesinos en la ciudad, de la devastación sistemática de todo el territorio del Atica por los espartanos, de la invasión de la peste y de las disensiones interiores, a tal grado de descontento, motivado por la escasez y carestía de todos los artículos necesarios para la vida, que hubo en Atenas un pronunciamiento en favor de la paz ².

Aristófanes, haciéndose eco de tales sentimientos compuso *Los Acarnienses*, comedia cuyo objeto es demostrar las ventajas de la paz y la conveniencia de reconciliarse con los lacedemonios.

Su argumento es como sigue: Un ciudadano del demo ático de Acarnes hace un tratado de paz con los lacedemonios, tratado que sólo afecta a él y a sus familiares. Sus compatriotas le acusan de traición. Para convencerlos pide prestados a Eurípides accesorios trágicos y defiende su causa con éxito. Su dicha contrasta con las desventuras del soldado Lámaco. Y así, en ese contraste de Diceópolis feliz, que disfruta de todos los goces y ventajas de la paz, y Lámaco malherido, decepcionado y moribundo, concluye la comedia.

Es ésta una de las más notables comedias de Aristófanes. En toda ella se nota una verdadera plétora de aquellas sales áticas que tan sabrosa hacen la poesía aristofánica. La pintura viva y animada de las ventajas de la paz debió hacerla apetecible aun a los más belicosos; pero el carácter voluble e inconstante, que Aristófanes echa en cara a los atenienses, hizo ineficaces sus saludables consejos. Tuvo más influencia la audaz y arrebatada oratoria de los demagogos, aun después de haber experimentado en sí mismos todos los horrores de la guerra.

LOS CABALLEROS: Ἴππῆα (424 a. C.). Corría el año séptimo de la Guerra del Peloponeso (425 a. C.), cuando el general ateniense

¹ Para la ambientación histórica y para el desarrollo del argumento hemos tenido en cuenta las introducciones de FEDERICO BARÁIBAR a cada una de las comedias, en su traducción *Comedias de Aristófanes*, Biblioteca Clásica, Ed. Hernando, 1942, Madrid.

² TUCÍDIDES, *La Guerra del Peloponeso*, libros II y III.

Demóstenes se apoderó de Pilos, pequeña ciudad marítima de la antigua Mesenia. Los espartanos, como precaución para el ataque, colocaron en la isla Esfactaria, que se extiende delante del puerto de Pilos, sus hoplitas. Pero fueron vencidos y se vieron obligados a abandonar en Esfactaria 420 soldados de las familias espartanas más distinguidas. Pero la fuerza de las circunstancias hizo que los vencidos y precisamente en virtud de la misma derrota, se convirtieran en sitiadores, pues los espartanos abandonados en Esfactaria impedían todo aprovisionamiento a la ciudad de Pilos. En consecuencia los sitiados sufrían toda clase de privaciones. No así los de la isla, ya que los espartanos conseguían, aunque a duras penas, introducir en ella vituallas.

El pueblo comenzó a murmurar de Cleón y las cosas llegaron a tal extremo que se vió forzado a asumir la obligación de apoderarse de la isla en 20 días, exigiendo para ello el mando del ejército. Así se hizo y con suerte para él, pues para cuando se presentó en el campo de operaciones, ya Demóstenes había pegado fuego a un montecillo de la isla, desde el cual su gente era muy hostilizada. Quemado el montecillo, era fácil apoderarse de Esfactaria sin necesidad de refuerzos. En esta coyuntura, decimos, llegó Cleón y acompañado de Demóstenes obligó a rendirse a la guarnición espartana, atribuyéndose, en Atenas, toda la gloria de aquella hazaña³.

A raíz de estos sucesos compuso Aristófanes la comedia titulada *Los Caballeros*, que es una violentísima sátira contra Cleón y sus secuaces, contra quienes se ensaña con una virulencia de que no hay otro ejemplo en los anales literarios.

Ningún actor quiso encargarse del papel de Paflagonio (Cleón), ni encontró en Atenas artista que quisiera hacer su máscara. El mismo Aristófanes, con la cara embadurnada, tuvo que representar al peligroso personaje. Obtuvo el primer premio.

LISISTRATA Λυσιστράτη (411 a. C.). La etimología de esta palabra hace pensar en el licenciamiento de las tropas. Es un nombre muy adecuado a la protagonista de esta comedia, cuyo objeto, al igual que el de *Los Acarnienses*, *La paz*, *Los Caballeros*, es apartar a los atenienses de una guerra interminable y desastrosa.

En efecto, Lisístrata, esposa de uno de los ciudadanos más influyentes de Atenas, hastiada de los males de la guerra que afligen a

³ TUCÍD., IV, 3-41.

su patria y viendo el ningún interés que el pueblo manifiesta por terminarlos, decídese a hacerlo por sí misma. Reúne al efecto las mujeres de su país y las de los demás pueblos beligerantes. Todas se comprometen a abstenerse de todo trato con sus maridos, mientras éstos no estipulen la deseada paz.

Al mismo tiempo que se pacta esta resistencia pasiva, otras mujeres se apoderan de la ciudadela y se hacen cargo del tesoro en ella custodiado, persuadidas de que la falta de recursos contribuirá, no menos que los estímulos del amor, a la pacificación de Grecia. Es de lamentar la obscenidad abominable en medio de la cual se desarrolla la trama.

En la comedia *Las Aves* Ὀρνιθες es cierto que se estipula una paz entre los dioses y las aves, —con condición de entregar Zeus su cetro a las aves—, pero la finalidad del poeta no parece ser como en *Los Acarnienses*, *La paz*, *Lisístrata* y *Los Caballeros*, persuadir al pueblo a hacer la paz con los enemigos, como algunos parecen suponer, sino que es más bien una utopía cómica, una república imaginaria, al estilo de la de Platón. Con todo, no desperdicia ocasión de fustigar el vicio de un modo semejante a como lo hace en las demás.

Menos comprensible encontramos la siguiente afirmación de la Enciclopedia Espasa (V. Aristófanes): «otras obras suyas, como *Las Nubes*, *Los Caballeros* son una ardiente manifestación en favor de la paz».

Ya hemos visto cuán indirectamente se ocupa en *Los Caballeros* de la paz. En *Las Nubes* no se hace mención, en absoluto, de este motivo.

En la numerosa producción aristofánica que no ha llegado hasta nosotros ⁴ se encontraba la comedia *Los Labradores*, Γεωργοί.

Probablemente estaba concebida al modo de *La Paz*, según parece deducirse de los escasos fragmentos que de ella nos quedan. En uno de ellos encontramos la expresión Εἰρήνην βαδύπλουτε «paz inmensamente rica», seguida de unas palabras en las que podemos

⁴ Constan los títulos de 44 comedias, de las que sólo poseemos 11 enteras y algunos fragmentos de las otras.

apreciar su ansia de paz, que de tantas maneras veremos aflorar en *La Paz* ⁵.

LA PAZ, *Εἰρήνη* (421 a. C.). Esta comedia se representó el año 13 de la Guerra del Peloponeso, en la breve interrupción de la paz de Nicias ⁶.

No a todos satisfizo esa paz. Alcibíades, sobrino de Pericles, dotado de grandes cualidades, entre las que descollaba una elocuencia arrebatadora y una fisonomía atrayente, aspiró a ceñir los laureles de la victoria. Y tal maña se dió en atizar los enconadas odios, que en el corazón de ambas ciudades anidaban, que ya era inminente una nueva ruptura de relaciones con Esparta. Para contener tan espantoso mal, escribió Aristófanes *La Paz*.

Su objeto, idéntico al de las precedentes, es inspirar al pueblo profunda aversión a una guerra funesta y desastrosa y confirmarle en el amor a las dulzuras del estado pacífico que apenas habían comenzado a saborear.

El argumento o trama, en sus puntos principales, es del tenor siguiente: Trigeo («viñador»), apesadumbrado por los males que afligen a todos los helenos, se propone subir al Olimpo en busca de la paz. Después de intentar varios medios, que resultan ineficaces, recuerda la fábula de Esopo en que un escarabajo consigue llegar hasta el trono del padre de los dioses. Trigeo alimenta a un gran escarabajo y, caballero en este nuevo Pegaso, se lanza atrevidamente a los aires, desoyendo las advertencias de su esclavo y de su hija. Llega, por fin, al cielo donde Hermes le recibe a cajas destempladas. Pero ante unos trozos de carne que Trigeo le ofrece, se aviene a indicarle el modo de desenterrar a la paz.

⁵ Fragmento 163 de la edición *Aristophanis Comoediae et deperditarum fragmenta*, publicadas por G. DINFORF, en la colección Fermin-Didot, París, 1884.

⁶ Bastantes autores ponen como fecha de la composición de esta comedia el año 421. Pero tal suposición parece estar en abierta contradicción con los vv. 987-990 en los que dice textualmente:

...ἀπόφηνον... τοῖσιν ἐρασταῖς...
 ἡμῖν, οἳ σου τρυχόμεθ' ἤδη
 τρία καὶ δέκ' ἔτη,

«Muéstrate a nosotros, tus amadores, a nosotros que hace *trece* años nos consumimos lejos de ti». Restando estos trece años a la fecha 431 en que comenzó la Guerra del Peloponeso, tenemos el año 418 ó 419. Nunca el 421.

Aparece en esto la *Guerra*, acompañada del *Tumulto*, que escenifica sus violencias majando en un inmenso mortero ciudades y regiones, mientras la *Paz* permanece enterrada en el fondo de una caverna, obstruída su entrada por enormes peñascos, donde había sido recluída por la *Guerra*.

Trigeo trata de darle libertad. Convoca al efecto a ciudadanos de todos los países beligerantes, principalmente labradores, que aparecen armados de cables, palancas, azadones... Pero no todos ponen el mismo interés, pues mientras unos trabajan con todas sus fuerzas, otros tratan de anular el esfuerzo de los primeros.

Por fin, aparece la cautiva y con ella *Opora* y *Teoría*, personificaciones de la abundancia y de las fiestas anejas a la paz.

En medio del mayor regocijo, ofrece Trigeo a la deidad rescatada un sacrificio, turbado únicamente por las impertinencias del adivino Hierocles y las quejas de los vendedores de armas, a los que el nuevo orden de cosas va a arruinar.

La comedia concluye con las bodas de Trigeo y la *Abundancia*, celebradas con un alegre y estrepitoso canto de Himeneo.

Con esto entramos ya en el estudio detallado del tema «la paz» en *La Paz* de Aristófanes. No deja de tener su interés saber a través de qué prisma examina el célebre cómico griego ese tema tan de actualidad en su tiempo y de no menor en los nuestros ⁷.

Ya antes de aparecer en escena el protagonista, se le pinta, por boca de uno de sus esclavos, como presa de una siniestra manía: «Todo el día se pasa mirando al cielo, con la boca abierta, e increpa a Zeus diciendo: «¡Oh Zeus! ¿qué maquinaciones? Arroja la escoba, no barras la Grecia» (vv. 56-59). Y oímos también la voz del mismo Trigeo que, acercándose a la escena, pero sin entrar todavía en ella, clama: «¡Oh Zeus! ¿qué vas a hacer con nuestra patria? ¿No ves que estás despoblando «ἐκκόχκισας» las ciudades? (vv. 62-63).

Vemos aquí sintetizados los perjuicios de la guerra y sus fatales consecuencias: la despoblación de las ciudades. Con idea ha elegido el poeta ese verbo cacofónico ἐκκοκκίζω, para hacer resaltar la pala-

⁷ En el presente trabajo seguimos la edición de F. W. HALL-W. M. GELDART, Oxonii, 1945. Advertimos, además, que de propio intento evitamos hacer observaciones, que no estén en directa conexión con el tema de la paz. No pretendemos, pues, dar una idea cabal de toda la comedia.

bra clave. Además, la coloca al final de verso y de párrafo. Esta palabra queda resonando fatídicamente en el auditorio, pues debemos advertir que, los que de momento están en escena, se han puesto a escuchar y no reanudan la conversación hasta estar bien cerciorados de que el otro nada más decía.

Con estas palabras se pone en escena al protagonista y su preocupación. Esta queda fundamentada y sublimada en el v. 93 cuando oímos de boca del mismo Trigeo: ὑπὲρ Ἑλλήνων πάντων πέτομαι. Vuelo para traer la felicidad a todos los griegos. Esta misma idea ocurre en el v. 105.

Ἵπὲρ Ἑλλήνων πάντων. Comienza por desechar los prejuicios y malquerencias de partido y las eternas rivalidades entre Atenas y Esparta. Otra hubiera sido seguramente la suerte del pueblo griego y más eficaz su influencia en la historia, si hubieran abundado hombres como Trigeo (es decir, Aristófanes), de nobles aspiraciones, que supieran anteponer el bienestar y el triunfo de toda la helenidad a las ventajas de ciudad, de partido. Y todo eso aun por propio interés. La generalidad no lo entendió así. Solamente Aristófanes y pocos más tuvieron esa visión de la historia y esa amplitud de miras.

¿No vemos aquí un paralelo, demasiado real por desgracia, entre la suerte de Grecia y la de la vieja Europa? Una diferencia hay: lo que entonces era cuestión de ciudad contra ciudad, ahora lo es de nación contra nación, y, en consecuencia, la catástrofe es mucho mayor.

En los vv. 119-121 se aduce otro motivo de carácter más tierno y familiar. Se trata de consolar a las hijas que, deshechas en llanto, se oponen a que su padre cometa esa temeridad de pretender encaramarse a los cielos, montado en un escarabajo. Oigamos sus palabras: «Sí, me marchó, hijas mías; porque se me parte de pena el corazón, cuando vosotras me pedís pan, llamándome papá, y no encuentro en casa ni una miserable moneda...» Esa suele ser, en efecto, la pena mayor que afecta a los padres en épocas de carestía. Nos lo comprueba el «Parvuli petierunt panem...» de Jeremías ⁸.

Esos son los motivos que deciden a Trigeo a arriesgar su vida, a trueque de salvar a Grecia. Alusión evidente que el poeta hace a

⁸ IER., *Thren.* 4, 4.

su propia persona, que, como vimos, corrió peligros de muerte, y no por otro pecado que por el de decir las cosas tal como las sentía.

La preocupación del bien propio y del bien de la helenidad trastornó de tal manera el juicio en Trigeo que, al igual que nuestro Don Quijote, creyó ser realidad la fantasmagoría de la fábula de Esopo, en que se cuenta que sólo el escarabajo, de entre todos los animales, consiguió escalar las alturas del Olimpo y presentarse ante el trono del padre de los dioses.

Los vv. 204-209 están llenos de sentido pacifista. En ellos el poeta, por boca de Hermes, expresa la idea de que tan odiosos han llegado a ser para los dioses todos los griegos, a causa de su predilección por la guerra—aclaración del v. 211—que el lugar que antes ocupaban ellos, los dioses, se lo han cedido a la *Guerra*, y le han concedido la facultad de tratar a todos los griegos a su antojo. Los dioses se han retirado a lo más recóndito de los cielos, con el fin de no verlos pelear y, lo que aun es peor y símbolo de la total reprobación, para no poder escuchar sus súplicas.

¿Pueden imaginarse consecuencias más funestas para un pueblo que las que apunta aquí el poeta? Importa también considerar que la *Guerra*, personificada, aparece sometida a la voluntad de los dioses. En tanto obra, en cuanto ellos se lo permiten.

Nada tiene, pues, de extraño que unos versos más abajo concluya: «Por lo cual no sé si volveréis a ver jamás a la Paz» (v. 221 s.).

Cuando la *Guerra*, personificada, hace su aparición en escena, (v. 236) se presenta amenazando con mil suertes de males:

ὦ βροτοὶ βροτοὶ βροτοὶ πολυτλήμονες...

«¡Ay de vosotros mortales, mortales, desgraciados mortales!».

Esas palabras dan la impresión de que la *Guerra* se regodea en repetir, hasta tres veces, la palabra *mortales*, principal discrepancia con los dioses, los inmortales. Y, como si eso no fuera bastante, añade otra palabra, larga, de mal agüero y al final del verso: πολυτλήμονες. Antes de llegar al trance fatal deben sufrir mil penalidades y desgracias.

Trigeo se admira, se anonada ante el horripilante aspecto de la *Guerra* y musita entre dientes (239):

ὅσον κακὸν καὶ τοῦ πολέμου τοῦ βλέμματος

«¡Qué gran mal es la sola visión de la *Guerra*!».

Si es gran mal ya sólo la visión de la *Guerra*, ¿qué será experi-

mentar sus iras? Esta no tarda en estallar: «Hoy pereceréis sin remedio» (v. 243), «Megara, en un instante te voy a majar. Toda entera vas a quedar reducida a menudo picadillo» (v. 246 s.). «También tú, Sicilia, pereces» (v. 250).

Pero todas estas amenazas de la *Guerra* se ven contrarrestadas por la buena suerte de los griegos. La misma guerra se encarga de eliminar a sus más incondicionales partidarios. Es una alusión a la muerte de Cleón y de Brásidas en la batalla de Anfípolis. Eran los jefes, el primero de los atenienses y el segundo de los espartanos. Ambos murieron en la misma batalla.

La sola esperanza de poder volver a saludar a la Paz hace exclamar a Trigeo (v. 291):

ὡς ἤδομαι καὶ χαίρομαι κεδφαίνομαι

«¡Cómo me alegro y me gozo y me regocijo!».

Pero, prudente, no se deja llevar Trigeo de esa fácil alegría, sino que imponiéndose la reflexión aconseja al coro —representación de todos los griegos— dejar a un lado las rencillas de partido y aunar los esfuerzos a fin de

ἐξελεύσαι τὴν πᾶσιν Εἰρήνην φίλην,

«libertar a la Paz tan amada por todos».

El coro, en su primera actuación (vv. 301-308) dedica un cumplido elogio a la Paz:

... ἐς τὸ φῶς ἀνελεύσαι

τὴν θεῶν πασῶν μεγίστην καὶ φιλαμπελωτάτην.

Se muestra dispuesto a trabajar sin descanso «hasta volver a la luz a la más grande de todas las diosas, que es a la vez la más solícita en mirar por nuestros viñedos».

No daremos excesiva importancia a este encomio por parecernos que no es del todo sincero. El coro, hasta que no se consigue hacer la separación entre los favorecedores y hostiles a la Paz, no obra con seriedad. Una prueba palpable la encontramos en el apelativo «la mayor de las diosas». Pero más evidente se muestra en los versos siguientes. El otro de φιλαμπελωτάτην, lo encontramos más natural y lógico. En esa idea insistirá después, en el momento cumbre de toda la comedia. Nada tiene eso de extraño, si tenemos en cuenta lo que el vino suponía para el pueblo ateniense, y que aquí se ha querido personificar en él el bienestar y la abundancia, eligiendo como protagonista a un viñador de nombre y de profesión (v. 190).

Como decíamos, la elevación lírica del coro era más ficticia que real, pues inmediatamente se entrega a una imprudente, intempestiva e irrefenable alegría causada por el mero designio de libertar a la Paz. En noble oposición se presenta el prudente Trigeo, que teme echen a perder con esa extemporánea alegría la oportunidad que se les presenta de poner en libertad a la Paz.

Con todo, el modo de proceder del coro encierra un gran fondo psicológico: en el transcurso del disfrute del placer, podía llegarse a cegar la fuente de donde ese goce provenía (v. 320). El comportamiento del coro en los vv. 311-336 puede considerarse como una paráfrasis de la idea expresada tan gráficamente por el autor latino «video meliora proboque, deteriora sequor»⁹, paralela a la de San Pablo: «Quod enim operor, non intelligo: non enim quod volo bonum, hoc ago: sed quod odi malum, illud facio»¹⁰.

En medio de ese desenfreno del coro, hay una frase muy ponderativa de las ansias de paz que bullen en su pecho: «El hecho de haber dejado el escudo, llena mi alma de un gozo mayor que el que me proporcionaría el despojarme de la vejez» (v. 336).

Trigeo, en los vv. 337-345 los anticipa, en pinceladas de subido color realista, con el fin de animarles a perseverar en su intento, los disfrutes que podrán tener, una vez que hayan conseguido libertar a la Paz: «Entonces alegraos, reíd y gritad. Entonces podréis, a vuestro antojo, haceros a la mar o permanecer en casa, entregaros al amor, al sueño, asistir a los espectáculos, a los banquetes, jugar al cótabo¹¹, gozar de sibaríticos goces y exclamar ¡iu! ¡iu!»

Pero al coro le apremia más el deseo de verse libre de las molestias presentes que la apetencia de los placeres descritos por Trigeo: «Muchos trabajos he sufrido y muchas veces he dormido sobre la dura tierra... Y también desde hace mucho tiempo perecemos y nos maltratan, haciéndonos ir y venir al Liceo¹² con lanza y escudo...» (v. 347-355).

Tanto el coro como Trigeo tropiezan con una grave dificultad: la amenaza, con pena de muerte, fulminada por Zeus contra todo el

⁹ OVIDIO, *Met.* 7, 21

¹⁰ *Rom.* 7, 15.

¹¹ Diversión que los atenienses tenían durante los banquetes.

¹² Gimnasio, donde se ejercitaban los soldados atenienses.

que fuese sorprendido desenterrando a la *Paz*. Hermes se ve precisado a delatarlos si, según confesión suya, no quiere ser aniquilado. Pero ante el regalo de una copa de oro, se apacigua y se dispone a ayudarles en la ardua empresa.

De esta suerte el trabajo de desenterrar a la diosa comienza con una libación e invocación a los dioses (431-438), seguida de una imprecación contra todos los partidarios de la guerra (vv. 441-453). Como muestra damos la primera, de Trigeo: «Que todo el que prefiera la guerra, nunca acabe de extraer de sus codos las puntas de las flechas».

Trigeo no quiere ya ni oír mentar palabra que de alguna manera se relacione con la guerra. Por eso manda al coro retirar la palabra *Peán*, himno a Apolo, porque, entre sus varias acepciones, puede tener la de himno guerrero (v. 454).

En los versos 459-519 se ponen de manifiesto los esfuerzos que el coro, Trigeo y Hermes realizan por desenterrar a la *Paz*. Después de muchos y prolongados esfuerzos, remueven el impedimento y la *Paz*, acompañada de *Opora* y *Teoría*, sale de la caverna.

En este momento de emoción Trigeo le dirige su primer saludo:

ὦ πότνια βοτρυόδωρε...

«¡Oh diosa que nos regalas con racimos! ¿Qué oración te dirigiré? ¿De donde tomaré, para saludarte, una palabra de diez mil ánforas de capacidad...?» (vv. 520-522).

Expresiones son éstas que cuadran bien con el empleo de viñador y con el origen y carácter de la comedia. Con la expresión ῥῆμα μυριάμφορον del v. 521, quiere indicar la abundancia de vinos que con la paz se van a recoger. Esa misma idea la expresa el hecho de que, juntamente con la *Paz*, salen de la caverna Ὀπώρα, *Opora*, el otoño, como personificación de los frutos de la tierra y Θεωρία, *Teoría*, contemplación o asistencia a espectáculos, fiestas, certámenes, etc. También recibían el nombre de *Teoría* las comisiones encargadas de reglamentar las fiestas religiosas, los espectáculos, etc.

Opora y *Teoría*, compañeras inseparables de la *Paz*, se presentan, la una indemnizando a los campesinos por las pérdidas sufridas y la otra alegrando la vida ciudadana y la vida de toda la helenidad, pues sabido es que los ἀγῶνες o certámenes, eran uno de los princi-

pales vínculos de nacionalidad helena, a causa de la concurrencia de grandes multitudes de similar lengua, cultura y educación.

Trigeo cumplimenta también a *Opora* y *Teoría*. A primera vista nos extraña observar que, en este su primer saludo, encumbra a *Teoría* por encima de *Opora* y aun de la misma *Paz*; repite el nombre de *Teoría* dos veces y ambas en lugar importante del verso, al final; al nombre acompaña un lenguaje encomiástico y halagador. Es que más que la paz en sí misma le interesan sus felices consecuencias.

ὦ χαῖρ' Ὀπόρα, καὶ σὺ δ' ὦ Θεωρία,
οἶον δ' ἔχεις τὸ πρόσωπον, ὦ Θεωρία·
οἶον δε πνεῖς, ὡς ἡδὺ κατὰ τῆς καρδίας
γλυκύτερον, ὥσπερ ἀστρατείας καὶ μύρου.

«¡Salve, Opora, y tú también Teoría! ¡Qué encantador es tu rostro, Teoría! ¡Qué grato olor exhalas; cuán dulce el que se desprende de tu seno: dulcísimo como la exención de la milicia y el bálsamo» (vv. 523-26).

Y reasumiendo unos versos más abajo (v. 530) el hilo de encomios, continúa: «Su olor es a sazonados frutos, a convites, a fiestas dionisiacas, a flautas, a cantos de vendimia, a cantos de Sófocles, a tordos, a versitos de Eurípides..., hiedras, coladores de vino, baladoras ovejas... y otras mil cosas buenas».

Tales son, en definitiva las consecuencias de la Paz, es decir, de Opora y Teoría.

A continuación, Hermes, en familiar charla con Trigeo, hace observar a éste cómo las ciudades, ya pacificadas, entablan pacíficas relaciones y rien satisfechas, a pesar de tener terribles heridas y enormes ampollas. Se siguen algunas observaciones acerca del efecto que la Paz ha producido en unos y en otros: de satisfacción en los fabricantes de azadones, hoces...; de desesperación en los fabricantes de penachos, lanzas... (vv. 538-549).

El coro, por insinuación de Trigeo, cumplida su misión, se dispone a entonar el *Peán* de despedida.

No se cansa Aristófanes de insirtir en el motivo agrícola de amor, de verdadera obsesión por el campo. Oigamos al coro (vv. 557-559): «¡Oh día deseado por los hombres de bien y por los campesinos! ¡Habiéndote visto, con alegría de mi corazón, quiero

saludar a mis viñas y a mis higueras, por mí plantadas cuando era joven; saludarlas después de tanto tiempo. .»

Esos mismos sentimientos abriga Trigeo cuando expone (vv. 569-570) su deseo de marchar al campo y remover las tierras, tanto tiempo abandonadas, suspirando al mismo tiempo por su antigua vida feliz, merced a los dones que entonces la diosa Paz les dispensaba: «Acordaos, les dice, de aquellos higos secos y de los frescos; de los mirtos, del dulce mosto, de las violetas que circundan el pozo, de las aceitunas, tan deseadas. Por todos estos beneficios, adoremos a la diosa» (vv. 574-581).

Es este un pasaje de no despreciable valor costumbrista. Por él sabemos cuáles eran los alimentos de un hombre ordinario de campo: higos, vino, aceitunas.

Métricamente se le ha destacado de lo que precede y de lo que sigue. Se le ha dado un relativo realce. Pero aun encontramos de ese cuadro llamativo un verso —un dicoreo— que destaca entre todos, realzando en forma singularísima el ansia que sienten por las apetitosas aceitunas, que en tiempo de paz cosechaban en el Atica.

A continuación el coro (vv. 582-600) prorrumpe en un canto a la Paz de subida elevación lírica. Es el encomio cumbre que de la Paz se proclama en toda la comedia. En él nos detendremos y lo analizaremos con especial atención.

χαῖρε χαῖρ', ὡς ἀσμένοισιν ἦλθες, ὦ φιλτάτη.
σῶ γὰρ ἐδάμην πόθῳ, δαιμόνια βουλόμενος εἰς ἀγρὸν ἀνερπύσαι.

.....
ἦσθα γὰρ μέγιστον ἡμῖν κέρδος ὦ ποθουμένη
πᾶσιν ὅποισι γεωργὸν βίον ἐτρίβομεν.
μόνη γὰρ ἡμᾶς ὠφέλεις.
πολλὰ γὰρ ἐπάσχομεν πρὶν ποτ' ἐπὶ σοῦ γλυκέα κἀδάπανα καὶ φίλα.
τοῖς ἀγροίκοισιν γὰρ ἦσθα χιθρα καὶ σωτερία
ᾧστε σὲ τὰ τ' ἀμπέλια καὶ τὰ νέα συκίδια
τᾶλλα θ' ὀπόσ' ἔστι φυτὰ προσγελάσεται λαβόντ' ἄσμενα.

«¡Salve, salve, oh queridísima! Has venido por fin a nosotros alegres (por tu venida). El deseo de ti nos abatía, oh divina, suspirando por volver al campo. Tú eras para nosotros, para los que llevábamos una vida campestre, el mayor de los bienes, oh suspirada. Tú sola nos ayudabas. Pues en otro tiempo, cuando tú reinabas, disfrutábamos, sin dispendios, de grandes y apetecibles dulzuras

pues tú eras para los campesinos el pan reciente y la salvación. Por eso las vides y las jóvenes higueras y todas las otras plantas sonreirán alegres cuando te hospeden».

Χαῖρε, era la fórmula ordinaria del saludo, que tenía por respuesta obligada un ἀντιχαῖρε. En esta doble expresión podemos ver reflejada el alma griega: su predilección por la alegría, la gracia. Los romanos, más positivos, asociaron en sus saludos la salud con los clásicos *ave* y *salve*, idea que nosotros repetimos al dar los *buenos días*.

La repetición de la expresión χαῖρε, iteración del saludo, indica la honda satisfacción, la profunda alegría que el coro ha experimentado con la aparición de la Paz. Es el primer desahogo ante el amigo largamente esperado.

ὥς, ponderativo; ἀσμένοισιν, viene a corroborar, a justificar la repetición del χαῖρε. Están alegres y jubilosos. El poeta deja tácita la idea «por tu venida». La frase empleada viene a equivaler a «tu venida es causa de nuestra alegría».

ὦ φιλότατη, ahí, al final del primer verso, y un superlativo, haciendo las veces del nombre propio. Son detalles que nos revelan la profunda dicha en que se anega el coro en estos momentos. Esta palabra empalma con el χαῖρε inicial y cierra todo el verso en estrecha lazada ¹³. En este verso se contienen tres grandes ideas: la del saludo cordial en el χαῖρε repetido; la del encomio, en el φιλότατη, y la de propia satisfacción, en ἀσμένοισιν.

Lo que sigue no es más que un desdoblamiento de las ideas contenidas en φιλότατη y ἀσμένοισιν y su comprobación.

ἐδάμην: la intervención se hace más personal: del plural pasa al singular, si bien no en forma activa. El deseo, el ansia, la nostalgia por la diosa Paz es el agente que obra como tirano, domoñando el corazón y las ilusiones del que ansiaba volver al campo. Su ausencia, que traía consigo como consecuencia la imposibilidad de cultivar los campos, le abatía el alma.

Por la insistencia con que Aristófanes vuelve sobre el mismo tema y por las circunstancias en que se desarrolló la Guerra del

¹³. Advertimos que esa disposición del verso, es una corrección introducida por Bergk y admitida en las ediciones críticas. Los códices presentan el verso en una forma algo diferente.

Peloponeso, vemos que la condición de los campesinos era muy de lamentar.

No falta tampoco en este verso la palabra de cariño hacia la diosa. La tenemos en *δαιμόνια*, colocada, en oposición al anterior epíteto, en medio del verso.

μέγιστον κέρδος, eras nuestra mayor ganancia, el mayor de los bienes, pues, como especifica dos versos más adelante, solamente ella ayudaba a los que vivían la vida campesina.

La expresión *ὦ ποθομένη* compendia muchos suspiros y deja traslucir muchas horas de angustia. Aplica a la Paz ese epíteto antonomástico, por reflejar él, con más energía que *φιλάττη*, todo su amor, su ansia, su desvelo. Explicación y fundamentación de este epíteto lo encontramos en la expresión *σῶ ἐδάμην πόθῳ* del verso anterior. Simétricamente a *φιλάττη* va también al final del verso, en lugar destacado.

«Tú sola nos ayudabas, tú eras el único sostén de todos nosotros, los que hacíamos vida campesina». ¿Qué tiene, pues, de extraño que, siendo su único sostén, sea para ellos la más querida, la más apetecida, la más suspirada? La lógica del razonamiento es contundente: pero ¿se basará en un principio falso? Los versos que vienen a continuación probarán que no. En ellos echa una mirada a los años vividos en paz y, *laudator temporis acti*, aquí con fundamento objetivo, les dedica encomiásticas ponderaciones, como lo indican el amontonamiento de epítetos y más yendo copulados con el *καί*, como en el caso presente: «En otro tiempo, cuando tú reinabas, teníamos goces accesibles y apetecibles». Tal es el enunciado general, que se concreta en el verso siguiente. Hace resaltar la baratura, no ya de la vida en general, ni de cualesquiera goces, sino de aquellos que a cada cual más suelen agradar y que por eso son «apetecidos». Este verso haría suspirar a muchos de los espectadores, pues después de trece años de guerra, talados los campos, la carestía y escasez tenían que ser, en Atenas, horribles.

En las palabras *χῆδρα καὶ σωτερία* vemos compendiados todos los bienes que la paz trae al labrador. El significado propio de *χῆδρον* es «trigo tostado, que sirve de alimento». En este pasaje, por sinécdoque, viene a significar todos los cereales y productos del campo. La palabra *σωτερία*, además de su significación ordinaria de «salvación», admite la de «bienestar», «felicidad», que quizá se acomoden mejor en el presente caso.

Los vv. 582-600 son una atrevida personificación de la naturaleza. El coro nos presenta a las vides, a las higueras y a todas las demás plantas sonriendo alegres al recibir a la Paz.

De nuevo aparecen en escena los alimentos ordinarios de la gente del campo: el vino, los higos. Lugar paralelo en este respecto a los vv. 557 s., en boca del mismo coro, y muy similar a los vv. 574-578. Se han omitido aquí las aceitunas, que allí quedaron realzadas de modo singularísimo. Pero allí hablaba Trigeo.

La actitud de la Paz ante tales manifestaciones de cariño y ansia es más que un tanto ridícula. Se niega a hablar una palabra en público ¹⁴, mostrando así su disgusto para con todos los griegos. Por la explicación de Hermes sabemos que la causa de tal modo de proceder es «el haber sido rechazada por tres veces en la asamblea popular, cuando ella se presentó con una cesta llena de tratados». Es una alusión directa a los sucesos ocurridos en Pilos ¹⁵.

La Paz se sirve de Hermes como intermediario y mediante él pregunta y responde.

En el v. 705 formula Trigeo su propósito de enmienda: «Por lo cual, oh reina nuestra, nunca seremos apartados de ti». Ya supone Trigeo que nunca ellos de propio intento se apartarán de su lado. Eso lo da por supuesto. En otro concepto insiste él: no habrá fuerza extrínseca que en adelante pueda apartarnos de ti. Tal es el valor de sus palabras.

Pero se ve que ese fué sólo propósito de Trigeo, no del pueblo en general. La historia nos lo atestigua.

En ese supuesto de fidelidad a la Paz, le entrega Hermes a Opora por esposa y le encarga ponga en manos del consejo o senado a Teoría.

En los vv. 775-780 enumera los placeres en que la Paz se goza: «En tomar parte en las danzas para celebrar las bodas de los dioses, los banquetes de los hombres y los festines de los bienaventurados».

¹⁴ El comediógrafo EUPOLIS, en *Los Aduladores* y PLATÓN EL CÓMICO, en *Las Victorias*, se burlaron mucho de la imagen de la Paz, que aparece en escena con suma espectación y no dice una palabra. Es opinión probable que Aristófanes, en una segunda edición, hizo intervenir a la Paz en el diálogo. Esta corrección no ha llegado hasta nosotros.

¹⁵ Cf. lo que dijimos antes acerca de *Los Caballeros*.

Trigeo, de regreso ya del cielo, regala y obsequia a Opora, y se siente feliz en su compañía. Cumplida su misión de entregar Teoría al senado, delibera Trigeo en discusión con el coro, sobre el sacrificio que deben ofrecer a la Paz. El coro rechaza la primera proposición de Trigeo, de ofrecerle unas ollas llenas de legumbres, sacrificio que se ofrecía a las divinidades de segundo orden. Eso le parece poco al coro. Vuelve a rechazar la segunda proposición de Trigeo de sacrificarle un buey. Esta vez se basa en otro motivo: en un juego de palabras. La palabra βοῦ la identifica con el comienzo del verbo βοηθεῖν, enviar socorros militares, socorrer y esa sola idea hace que ese sacrificio no se acepte. No sería grato tampoco a la diosa, que tan de corazón odia a la Guerra y a todo cuanto con ella tenga relación.

Por otro juego de palabras se conviene en que el sacrificio sea una oveja. El coro de intento pronuncia esa palabra (οῦ por οῖ) según la costumbre «jonia» para que si en la asamblea dice alguno: «es necesario hacer la guerra», los asistentes griten en jónico, espantados: ¡oi! ¡oi!». Esta era una exclamación de desaprobación y disgusto.

Antes de dar comienzo al sacrificio, dirige Trigeo a la diosa Paz la siguiente súplica:

ὦ σεμνοτάτῃ βασιλείᾳ θεᾷ
πότνι' Εἰρήνῃ,
δέσποινα χορῶν, δέσποινα γάμων,
δέξαι θυσίαν, τὴν ἡμετέραν.

«¡Oh muy venerable, regia diosa, augusta Paz, reina de las danzas y de los himeneos: dignate aceptar nuestro sacrificio!» (vv. 974-977).

Esta súplica de Trigeo es magistral bajo cierto punto de vista. Trata de predisponer a la diosa en su favor y pretende conseguirlo a base de encomios, convencido de que si una oportuna alabanza quebranta las rocas, cuánto más inclinará a su favor a quien ya de antemano estaba en disposición de despachar favorablemente su súplica.

Aquí, en la plegaria de Trigeo, a pesar de ese crecido número de palabras elogiosas y honorables —se hallan reunidas en ella las más significativas que en este sentido se le dedican a lo largo de toda la comedia— echamos de menos aquel fuego, aquella emoción, aquel cariño que en tan alto grado encontrábamos en la súplica.

ca del coro. Esta se nos antoja más fría y ritualista, si bien, como decimos, es un cumplidísimo elogio y difícilmente en un número tan reducido de palabras podían contenerse más expresiones encomiásticas. El epíteto *πολυτιμήτη*, la muy honrada, del v. 978 en boca del esclavo, no nos hace tampoco mucha fuerza, aunque cuadra bien en el contexto próximo al sacrificio.

La continuación de la súplica de Trigeo en los vv. 987-1016, más semeja una narración que una petición ardiente. No deja, con todo, de tener su interés. Pero es bajo otro punto de vista: el costumbrista. Y se realiza el sacrificio a pesar de la oposición del adivino Hierocles.

Aun encontramos un *ὦ πότνι' Εἰρήνη φίλη* en el v. 1055, que poco añade a lo que tenemos expuesto.

Del v. 1191-1264 se describen de una manera gráfica las consecuencias de la paz: Comparecen ante Trigeo un fabricante de hoces, alborozado, pues en la paz su mercancía tiene más aceptación; pero a su lado aparecen fabricantes de penachos, corazas, trompetas, cascos y lanzas, lamentando su triste situación. Con la paz ven arruinado su negocio. Trigeo trata de dar destino pacífico a esos instrumentos bélicos. Sólo tiene éxito en los penachos, a los que hace servir de plumeros. Los demás fabricantes tienen que marcharse malhumorados y maldicen la hora en que la Paz hizo su aparición sobre la tierra.

Esa es una conclusión que dicta la experiencia: Siempre habrá quienes, cediendo ante la consideración de mezquinos intereses, antepondrán las calamidades y penurias de la guerra, a la dulce tranquilidad de la paz, desentendiéndose del bien de los demás.

Los vv. 1270-1294 son el examen que Trigeo hace al hijo de Lámaco para cerciorarse de si es digno de entrar a cantar en su boda. Pero resulta que el muchacho, como hijo de tal padre (*Λάμαχος*, el que ama los combates), no sabe cantar otra cosa que batallas y gemidos.

Varias veces Trigeo le adelanta otros temas, pero el muchacho, como atraído por un imán, a las cuatro palabras ha desembocado en su tema favorito. Harto por fin Trigeo, le hace desaparecer de su presencia. El diálogo se desarrolla con gracia y naturalidad sorprendentes.

La comedia termina con un arrebatado canto nupcial, que celebra la felicidad del enlace de Trigeo con la Abundancia.

Con la figura de Trigeo, logró dar Aristófanes a sus anhelos de paz una expresión casi obsesiva y alcanzar, teniendo en cuenta la completa ausencia de ambiente favorable, alturas trágicas ¹⁶

A P É N D I C E

Apelativos aplicados a la paz: Εἰρήνην φίλην, 294, 1055; τὴν θεῶν πισῶν μεγίστην καὶ φιλαμπελωτάτην, v. 308; τὴν θεόν, v. 315, etc.; ὦ πότνια βοτρυόδωρε, v. 250; ὦ φιλτάτη, v. 582; δαιμόνια, v. 585; ὦ ποθομένη, v. 586; πότνια, vv. 657, 975, 1055, 1062; δέσποινα, vv. 705, 976; ὦ σεμνοτάτη βασίλεια θεά, v. 974; ὦ πολυτιμήτη, 979.

Otros elogios. Satisfacción por su venida, v. 300, 525; despojarse del escudo le resulta tan grato como despojarse de la vejez, v. 336; ansia por ver ese día, v. 346; la paz es tan dulce como la exención de la milicia, v. 525ss.; el único apoyo para los labradores, v. 590; el alimento y la felicidad, v. 595; canto del coro, vv. 582-600.

Consecuencias de la paz. De alegría, vv. 300, 336, 525; las ciudades vuelven a entablar relaciones amistosas y ríen de todo corazón, vv. 538ss.; su venida en muchos producirá alegría, en otros, tristeza. Se comprueba con algunos ejemplos, vv. 543-549; deseo y placer de volver de nuevo a las faenas del campo, vv. 556, 569; remembranza de los antiguos días felices pasados en el campo, v. 571.

Peticiones. En los vv. 974ss., 1320 ss.

Sacrificio en honor a la Paz. En los vv. 937ss.

Ocupaciones de los atenienses durante la paz. Gozan sus felices consecuencias, vv. 439s., 775ss.; descripción de los juegos solemnes, 886-904; carácter de los griegos, v. 993; ocupaciones del labrador, v. 1127; alimentos del labrador ateniense en los años de paz: vino, higos, aceitunas, vv. 571ss.

Perjuicios de la guerra. Las ciudades se despueblan, v. 63; el derramamiento de sangre, v. 303; trabajos de los soldados: dormir en tierra, v. 347; otras molestias (en general), v. 353 (en concreto: los ejercicios militares en el gimnasio) 354; la mochila militar apes-

¹⁶ LAMER, *Pericles*, Trad. A. Herrero y Miguel. Ed. Joaquín Gili, 1944, Barcelona.

ta a cebolla, v. 528; las ciudades han quedado con terribles heridas y enormes ampollas, v. 541; arruina a los labradores, v. 625; a muchos la pena por sus pérdidas ha ocasionado la muerte, v. 705; lloros, v. 1080ss.; siempre dañosas, v. 1098.

Imprecaciones contra los partidarios de la guerra: vv. 441-453.

FR. BUENAVENTURA DE ARAS, O. F. M. Cap.